

## Pérdidas: aprender de la experiencia

Jorge Úbeda  
jorge@transfilosofia.com

Leo en la edición dominical del *periódico global* de nuestra patria más de setenta artículos sobre el futuro de la humanidad, dividido en esferas muy diversas de lo real, y escritos por cráneos privilegiados que pronostican cuáles serán los cambios a los que nos abocará el pequeño virus de poderes colosales SARS-Cov-2. No veo muchas diferencias entre lo que ya había leído de Sassen o Preciado, Sennett o Rosa en sus libros y lo que dicen ahora: quizá la epidemia haya ofrecido un contexto de resignificación de sus ideas o, lo que es lo mismo, una nueva confirmación de lo que ya venían pensando. No veo nada criticable en ello, pues la tarea de pensar y alumbrar conceptos útiles sobre la realidad es un arte tan largo y difícil que algo muy inesperado debe ocurrir para que cambiemos, de la noche a la mañana, nuestras categorías y esquemas de pensamiento. ¿Es la pandemia por la Covid19 un acontecimiento de una novedad tan radical que venga a dar al traste con nuestro conocimiento del mundo? Sospecho que no, aunque tengo alguna duda al respecto, por lo que mientras trato de aclararme quiero analizar algo que me parece, en cualquier caso, una condición previa para que los modos de pensar se transformen: ser capaz de aprender de la experiencia.

No aprende de la experiencia aquel al que solo le pasan cosas: aprende quien hace algo con aquello que le pasa. La primera tarea, entonces, frente a nuestra pandemia es tratar de comprender si estamos ante un acontecimiento que nos sitúa en una situación de novedad respecto de la cual no encontramos asideros en el acervo conceptual del que disponemos. Como decía, no sé cuánta novedad acumula esta pandemia, pero, al menos, hay tres rasgos de la vida humana que se han puesto en el primer plano de nuestra experiencia.

La contingencia en la que se desenvuelve nuestra vida es el primero de ellos y que adquiere matices decisivos ahora, pues es una contingencia vinculada a la experiencia de la pérdida. Pérdida de salud, de movimientos, de trabajos, de contacto, de relaciones, de expectativas, de rutinas y la peor pérdida de todas: las de aquellos que mueren a un ritmo despiadado en un mundo desacostumbrado a ello. Cada cual, en la pequeña escala de su habitación propia, está viviendo en primerísima persona del singular alguna de estas pérdidas.

Las pérdidas nos hacen sufrir, muestran la faz más dolorosa y maligna de nuestra contingencia pues ataca nuestro deseo de ser y seguir siendo. Y aquí llega el segundo rasgo de la experiencia de estos días: experimentamos el mal, no como un ente diabólico que se hubiera encarnado en un virus para darnos un cruel escarmiento, sino como el efecto que debilita nuestro deseo de seguir

vivos y amarga nuestras pequeñas alegrías de cada día. Mientras hay quienes niegan la realidad de estos males que nos aquejan tapando con falsas tiritas una herida abierta, hay otros que la infectan con bálsamos de sentido ficticio y apresurado, pues no pueden soportar la noticia que traen todos estos males: que nuestras vidas, llenas de alegrías y placeres, están rodeadas de pequeños agujeros de sinsentido. Podemos aprender, no obstante, a mirar de frente estos males, como quien saluda a un viejo conocido que cada tanto viene a molestarnos con sus reclamos, y preguntarnos si podemos hacer algo útil con lo que tenemos a mano. La abuela Anita, mujer cabal de hermoso castellano que nos dejó hace unos años y que sabía de pérdidas, decía con frecuencia: *“Quien da de lo que tiene no está obligado a más.”*

Las pérdidas, en tercer lugar, nos suelen llenar de preguntas: ¿por qué nos pasa esto? ¿Hemos hecho algo? El anhelo de respuestas que tiene el ser humano es infinito frente a la finitud de nuestras posibilidades de conocimiento. Nuestra vida es demasiado corta como para que esperemos encontrar respuestas definitivas a todas nuestras preguntas, especialmente a aquellas referidas al sentido de nuestra existencia, pero, por la propia cortedad de nuestra vida, también necesitamos apañarnos con algunas respuestas que nos orienten en el presente.

Porque no es fácil vivir la experiencia de la contingencia como pérdida y como necesitamos respuestas que no llegan a las preguntas radicales que nos hacemos, lo más normal será que tratemos de resistirnos a ella. No son pocos los que me han contado que en estos días han llorado en secreto, desesperados por una situación inesperada, llenos de miedo a la enfermedad propia o ajena y enrabietados porque alguien tiene que ser responsable de todo lo que nos está pasando. Llorar es lo que hacemos cuando no queda nada por hacer ni por pensar. También reír: el humor es un modo de resistir frente a una experiencia que nos desborda y así poder renovar las fuerzas de la vida para seguir adelante. Todas estas lágrimas y risas siguen siendo una muestra de que la vida, por más finita y amenazada que se encuentre, acaba por filtrarse en la existencia como las primeras lluvias de septiembre en la tierra agostada. Pero ni las risas, ni las lágrimas ni los aplausos nos ofrecen respuestas.

Por eso, muchos también hemos vivido en estos días como la experiencia de las pérdidas han puesto en cuestión algunas de las seguridades sobre la que se asentaban nuestras vidas y nos hemos visto obligados a cuestionarnos, aunque sea parcialmente, a nosotros mismos poniendo en la balanza el valor de nuestras ideas y creencias que traman la identidad que somos. Observo cómo no son pocos los que frente a esta puesta en cuestión no dudan en apuntalar sus frágiles identidades, buscando a la desesperada una confirmación de lo suyo que, casi siempre, acaba por tomar la forma de un ataque a lo ajeno. Si la experiencia de pérdida sirve para confirmarse en lo de uno, amurallarse en la propia identidad sin dejar que se agriete para que entre

algo de novedad que nos permita comprendernos un poco mejor a nosotros mismos y a los otros, entonces no habremos hecho una experiencia de lo que nos está pasando. No poca de la crispación social y política que nos rodea tiene que ver con esta irritabilidad de las identidades que no encuentran el modo de hacer la experiencia de ponerse en cuestión.

En estos días me bastaría con volver a aprender que esta experiencia de pérdida, cuando es vivida como una apertura de la propia identidad, es la que construye y refuerza mi aprecio por la democracia y la que me permite esperar cosas mejores de mí mismo y de los otros. Entonces, sí, seguirá habiendo futuro después de la Covid-19.